

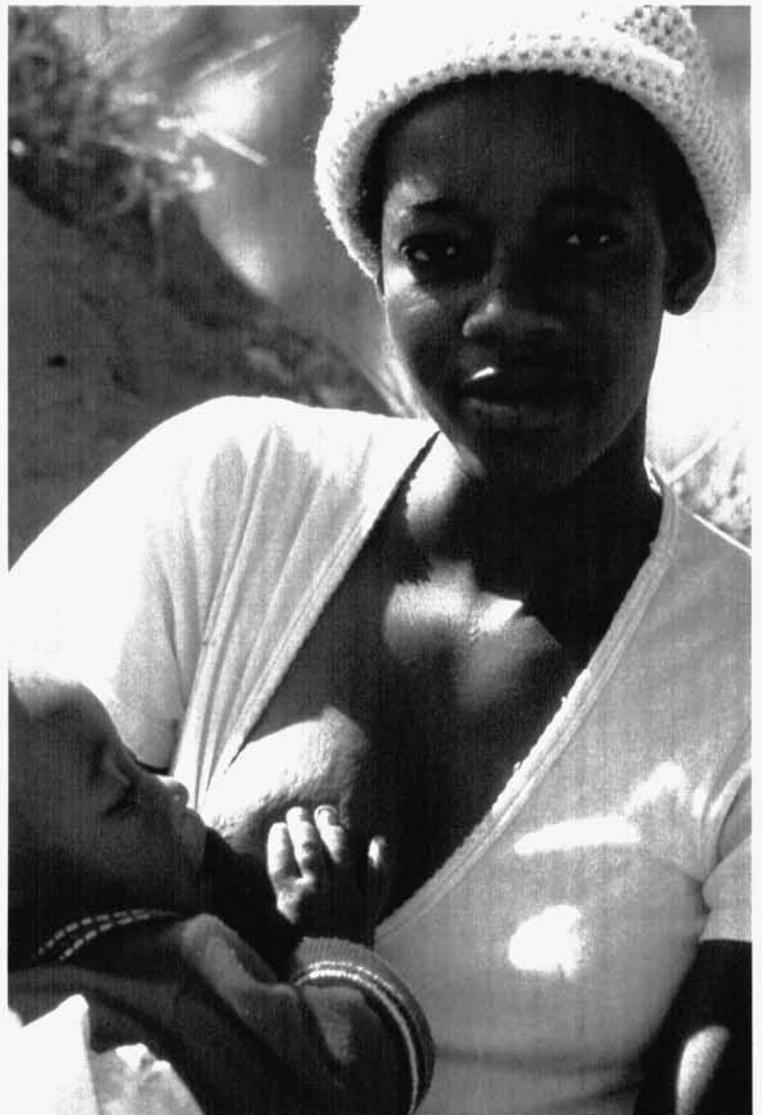
IMAGEN Y PALABRA UNA HISTORIA DE ESPONSALES Y DIVORCIOS

Por Francisco Javier Bobillo

En los antiguos aedos griegos, a los que el pueblo llamaba *Maestros de la Verdad*, se cumple a la perfección el modelo de transmisión integrada de la imagen y de la palabra, que era típico de los pueblos primitivos y de las culturas míticas. La forma métrica, el ritmo, las consonancias, y la musicalidad del recitado oral, junto a los gestos, la teatralidad mímica, la música y a veces la danza que lo acompañaban, constituían una auténtica representación y provocaban en el público una **comunicación afectiva** con las acciones dramáticas y las enseñanzas ejemplares que el relato contenía.

Estas primitivas formas de transmisión integrada de la palabra y de la imagen, propias de poetas inspirados, aedos, y de adivinos, poseían un poder mágico-religioso y eran eficaces de una manera inmediata. Mediante este modo de transmisión oral y visual, que narraba hechos relevantes o heroicos, o la intervención de hombres y dioses en episodios singulares, los *maestros de la verdad* fijaban e instituían la realidad de las cosas y los límites de su sentido en la conciencia del pueblo que les atendía.

Cuando el invento de la escritura se impuso en las sociedades griegas, aquella unión primordial entre la palabra y la imagen que los aedos encarnaban quedó rota. La eficacia configuradora de la realidad, que los aedos imponían con



sus actuaciones, se perdió, y la adhesión y participación emocional del pueblo quedó limitada al ámbito del espectáculo, de la fiesta, al tiempo reducido y esporádico de la diversión y de lo maravilloso. A su vez, los géneros escritos, filosóficos, éticos, políticos, históricos impusieron el reinado del discurso racional, y generaron una nueva visión del mundo regido por el análisis y la ciencia ilustrada. Hubo que esperar al nacimiento de la tragedia para que palabra e imagen se unieran en segundas nupcias, aunque en otro nivel ontológico, y volvieran a hablar a la mente y al corazón mediante una sola forma expresiva.



En la actualidad atravesamos un nuevo período de distanciamiento entre la imagen y la palabra, sólo que en esta ocasión la desastrosa separación ha sido provocada por una hipertrofia y desmesura alucinada de las imágenes que nos invaden a través de las pantallas de la televisión, del ordenador del vídeo doméstico y de los juegos y entretenimientos electrónicos. No obstante, no hay que desesperar, puesto que hay un precedente positivo. Otro invento previo a la televisión y al vídeo, el cine —también basado en una técnica de fijación de secuencias reales o imaginarias en soportes ópticos y auditivos reproducibles, y por tanto ajena a la inmediatez expresiva del teatro o de la ópera—, o al menos un buen número de películas a título individual, consiguió crear armoniosas fusiones de imágenes y palabras con vivificantes y renovadoras estéticas. Esta experiencia sigue todavía en pie.

El problema, en consecuencia, no se halla en el medio de comunicación ni en la técnica propia de la televisión y de los demás soportes audiovisuales contemporáneos. El problema es su uso adecuado. Parece que sería conveniente que se pudiera asegurar que el constante e insaciable tiempo de emisión televisiva no se olvide de la dimensión, variada y versátil, que poseen la palabra y la escritura; es decir, que no desdeñe los inmensos recursos intelectuales e imaginativos acumulados por la dilatada trayectoria de

lo oral y de lo escrito. La multiplicada, aleatoria y confusa difusión de imágenes abandonadas a sí mismas, divorciadas de la palabra y de sus sentidos, nos somete a una nueva seducción, un encantamiento que no funda realidad alguna salvo la de su propia, abigarrada, hipnótica, y a la postre, trivializadora sucesión. Por eso es aconsejable que los esposales televisivos de la imagen y de la palabra no se retrasen. En régimen de ganancias, para el beneficio mutuo de ambos contrayentes.

Francisco Javier Bobillo
 Director General del Libro
 Archivos y Bibliotecas
 Ministerio de Cultura